

Ibéricos y cartagineses

El contacto comercial con griegos y cartagineses, que desde tiempos remotos alcanzaron la península Ibérica interesados en las abundantes materias primas (metales) de su suelo, y el establecimiento posterior de colonias comerciales en su litoral, provocaron el desarrollo de la cultura Ibérica, sobre la base étnica y cultural del Bronce Final indígena hispano.

Por el noreste, las influencias europeas o célticas se extendieron hacia el interior de la península. Ambas culturas peninsulares, la céltica y la mediterránea, de evidente influencia externa, tuvieron sin embargo una personalidad propia basada en el carácter étnico autóctono. Las influencias mutuas y su mezcla en el crisol hispano decantaron unos rasgos peculiares, patentes sobre todo en la cultura celtibérica, que abarcaría buena parte del interior peninsular.

En las Baleares se diferenciaron dos escenarios culturales. Por un lado, en la isla de Ibiza, poco poblada en sus inicios, se establecieron los cartagineses, que ya habían fundado otras colonias en la costa sur de la Península. Fue una posición estratégica comercial, de acceso al Mediterráneo occidental. Las otras islas, Mallorca y Menorca, llamadas específicamente Baleares en la antigüedad, estaban habitadas por pueblos de la cultura talayótica, profusos constructores de monumentos megalíticos durante la Edad del Bronce. Estaban alineados con otras culturas insulares mediterráneas, como las de



Taula de Torralba d'en Salort. Menorca

Cerdeña y Córcega. La influencia en ellos de la cercana costa ibérica y de la cartaginesa Ibiza eran palpables.

La Cartago africana era, en estos siglos de mitad del primer milenio a. de C., una potencia de primer orden, y dada su reducida población y la magnitud de sus intereses y ambiciones en el Mediterráneo, precisaba disponer de un gran ejército, que

mantenía a expensas de mercenarios. Las tropas africanas de Libia eran su principal contingente, pero una parte importante de sus ejércitos se reclutó en Iberia a través de sus colonias del litoral, y en Baleares a través de Ibiza. Miles de guerreros hispanos participaron durante más de tres siglos en todas las guerras que los cartagineses mantuvieron en el Mediterráneo, primero contra los griegos y luego contra los romanos.

Llegados a este punto, es el momento de hablar de los guerreros ibéricos y baleares, así como de sus armas.

Los pueblos ibéricos tenían entonces fama de belicosos, así como de muy hábiles y duros para la guerra. Ello era debido, sin duda, al hecho de una desigual distribución de la riqueza entre los diferentes poblados y a la existencia, en

consecuencia, de economías precarias, que hacían de la guerra una solución o medio de vida. Así, era frecuente la formación de grupos armados que vivían del bandidaje hacia otros pueblos ibéricos enemigos. Y en las épocas de guerra, la participación como mercenarios unía a la soldada la codicia de los botines de guerra. Tampoco hay que olvidar el atractivo que tenía en aquella época, para los pueblos menos desarrollados, la participación en las grandes contiendas, donde esperaban conseguir, además de riquezas, prestigio como guerreros y aventuras en las lejanas tierras de las grandes potencias de entonces.

Igual que en Grecia, aunque en un estadio inferior de desarrollo, los poblados ibéricos eran independientes, y no existía ni un asomo de formación estatal alguna, pues incluso el desarrollo de ciudades no había apenas comenzado. Y lo mismo que en Grecia, las luchas y rivalidades entre los diferentes pueblos eran frecuentes, así como su adhesión a uno u otro de los grandes ejércitos de la época, en los cuales lucharon incluso contra otros pueblos ibéricos en las épocas de la conquista cartaginesa o romana de España.

Los ibéricos -estoy empleando este término para designar en general a los pueblos de Iberia, tanto íberos, como celtíberos y lusitanos-, al igual otra vez que los griegos, apreciaban el honor de la lucha cuerpo a cuerpo, y no debieron hacer por ello un uso grande de la honda en sus luchas. Eran luchadores ágiles, dotados de un armamento ligero que les permitía gran movilidad. Utilizaban generalmente un escudo pequeño y no usaban armadura. Hacían uso abundante de la caballería y, aunque fuera en menor grado, también usaron la honda (1). Dan fe de ello, además de proyectiles de plomo, piedra y cerámica encontrados en algunos yacimientos arqueológicos, una cita del geógrafo griego Estrabón, que vivió en los tiempos romanos de Augusto y escribió una monumental *Geografía* en la que describe el mundo conocido de entonces, y en la que dedica el libro tercero a España. Utilizó fuentes de la época que narra, como Polibio, que presencié la destrucción de Numancia. Dice de los íberos, refiriéndose en general a los ibéricos:



Relieve de guerreros ibéricos con caetra. Osuna. Sevilla

Los íberos, en sus guerras, han combatido, pudiéramos decir, como peltastas, porque luchando al modo de bandoleros, iban armados a la ligera y llevaban sólo, como hemos dicho de los lusitanos, jabalina, honda y espada. La infantería llevaba también mezcladas fuerzas de caballería (2).

Precisando un poco más en las armas y los guerreros ibéricos, y a la luz que arroja la arqueología, hay que citar la excelente calidad de las espadas hispanas, que debían constituir además un elemento de prestigio, dado lo frecuente de sus decoraciones con nielados de plata. Los ibéricos preferían la espada corta, para la lucha cuerpo a cuerpo. La tradición de las extraordinarias espadas célticas se había asimilado eficientemente en el solar hispano, y hay que señalar que algunas espadas hispanas,

debido a su calidad y eficacia, fueron adoptadas por el ejército romano. Hay diversas referencias de los clásicos a la calidad y modo de fabricación de las espadas hispanas, destacando entre ellas la de Filón de Bizancio, que vivió en el siglo III a. de C.:

El modo de trabajar las citadas hojas de metal se observa en las llamadas espadas célticas e hispanas. Cuando quieren probar si están ya prestas para su uso, agarran con la mano derecha la empuñadura y con la otra mano el extremo de la espada; colocan luego la hoja transversalmente sobre la cabeza, tiran para abajo de ambos extremos hasta que los hacen tocar con los hombros, y después los sueltan, alzando repentinamente ambas manos. Libre la espada, se endereza de nuevo volviendo a su primitiva derechura sin mostrar flexión alguna, y permaneciendo recta, aunque esta prueba se repita muchas veces (3).

Reflexiona después sobre la causa de esta extraordinaria calidad y el procedimiento de fabricación, llegando a la conclusión de que se empleaba un hierro libre de impurezas, bien trabajado al fuego después, para homogeneizar su cuerpo interiormente, y finalmente se forjaba en frío por medio de golpes poco fuertes para no debilitar el hierro y forjar sólo las superficies externas de la hoja. Dice que la acción de estos dos tratamientos, el fuego y la forja en frío, hacen compactas las hojas, rellenando los intersticios de su masa.

Otra referencia interesante, complementaria de la anterior, procede de Diodoro, contemporáneo de Estrabón, que la incluye en su obra *Biblioteca* [Historia Universal], tomada probablemente de Poseidonio o de Polibio:

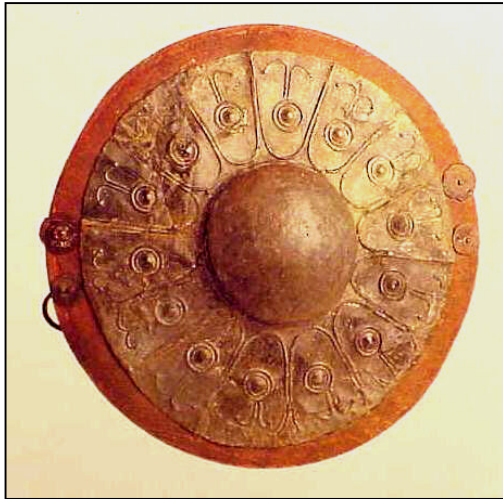
Llevan espadas de doble filo, forjadas con hierro de una calidad excelente... ... Tienen un modo muy particular de preparar las armas de que se sirven en su defensa: meten bajo tierra las láminas de hierro, y allí permanecen hasta que con el tiempo la parte débil del hierro, consumida por la herrumbre, se separa de la parte más dura; de ésta sacan magníficas espadas y otros instrumentos guerreros. Las armas hechas de este modo cortan cuanto se les opone. No hay escudo, ni casco ni hueso que resista a su golpe; hasta tal punto es extraordinaria la excelencia del hierro (4).

Entre todos los tipos de espadas utilizados, las más famosas fueron sin duda las "falcatas", de origen griego, dotadas de hoja curva, doble filo y empuñadura casi cerrada. También se usó mucho la espada recta de empuñadura de antenas atrofiadas, de reminiscencia celta, y puñales del mismo tipo.



Falcatas de Almedinilla(Córdoba)

Entre las armas arrojadas se usaban grandes lanzas de asta de madera con punta y regatón de hierro y sobre todo el famoso "soliferrum", delgada lanza de hierro de una sola pieza y de afilada punta. El escudo más típico era la "caetra", pequeño



Caetra. Necrópolis de Griegos(Teruel)

escudo circular de madera cubierto por delante con chapa de bronce decorada y que se mantenía colgado del cuerpo por medio de correas.

La presencia en las necrópolis de ricos ajuares guerreros señala la importancia y prestigio de la actividad guerrera, que sin duda fue una de las más reconocidas y nobles en las sociedades ibéricas, cuyas clases dominantes estaban formadas, sin duda, por una aristocracia militar.

En cuanto a los baleares, destacaban por su habilidad en el uso de la honda, siendo ésta su arma principal, si no la única. Dice de ellos Estrabón:

No obstante sus sentimientos pacíficos, la defensa de su codiciada riqueza ha hecho de ellos los honderos más famosos, y dicen que esta destreza data, sobre todo, desde que los fenicios [se refiere a los cartagineses] ocuparon las islas.....En el combate se presentan sin ceñir [sin ceñirse armaduras], teniendo un escudo de piel de cabra en una mano y en la otra una jabalina de madera de punta endurecida al fuego y, raras veces, una lanza provista de pequeña punta de hierro. Alrededor de la cabeza llevan tres hondas de junco negro, hechas con cerda y nervios; una larga para los tiros largos, otra corta para los tiros cortos, y otra mediana para los intermedios. Desde niños se adiestran en el manejo de la honda, no recibiendo la comida si no han acertado antes a darle con la honda (5).

Diodoro, recogiendo también fuentes antiguas, escribe un texto semejante al anterior:

Como armas llevan tres hondas, una en la cabeza, otra ceñiendo la cintura y la tercera en la mano. En el combate lanzan, si es necesario, pedruscos mucho mayores que los que suelen arrojar con las mismas armas otros pueblos y ello con tal fuerza que parecen tiros lanzados por una catapulta. Por esta razón en los ataques a una fortaleza hieren gravemente a los que se hallan tras los parapetos.



Hondero balear. Jaume Mir. Parlamento balear

En batallas campales perforan escudos, cascos y cualquier coraza protectora. En el tino son tan certeros que la mayoría no hierran el blanco. La causa de tal tino está en

la constante práctica ejercida desde niños. Efectivamente, a partir de la infancia los niños son ejercitados en el manejo de la honda por sus madres, las cuales ponen como blanco en lo alto de un madero un pedazo de pan, que no puede comer el niño mientras no lo alcanza con una certera pedrada (6).

Las primeras referencias a la participación bélica de los honderos baleares corresponden a las guerras entre cartagineses y griegos al final del siglo V a. de C. Fueron unas guerras terribles en las que los dos pueblos enfrentaban sus diferentes razas y culturas por el dominio de la bella y rica Sicilia, donde los griegos tenían opulentas colonias.

Los guerreros ibéricos y baleares permanecieron durante años en la isla, recorriéndola de cabo a rabo con las armas en la mano.

En el año 409 habían reclutado los cartagineses un gran ejército, con un elevado número de mercenarios ibéricos y libios. El total de fuerzas pudo ascender a unos 100.000 hombres, de los cuales 25.000 serían hispanos. Dado su elevado contingente y las referencias a la actuación de honderos en la batalla, es muy probable que entre ellos estuvieran los baleares.

En 60 grandes naves de transporte de tropas y 1.500 más pequeñas para transporte de máquinas de asedio, víveres, y demás pertrechos de guerra, desembarcaron en la costa occidental de Sicilia. Llegados a la ciudad de Selinoús, célebre por sus grandes templos, ponen cerco a la ciudad. Levantaron seis enormes torres que



Guerreo ibérico. Relieve de Osuna

dominaban las murallas y por medio de otros seis arietes con cabeza de hierro embaten contra ellas, mientras los arqueros y honderos castigan a sus defensores. Hay un pasaje posterior de la batalla donde toman parte los íberos y son reflejados con brillante pincelada por Diodoro, que describe cómo habiendo escalado éstos los derruidos muros y saltado dentro de la ciudad, provocaron el terror entre las mujeres que se hallaban en lo alto de las casas, las cuales profiriendo tremendos gritos acabaron por amedrentar a los defensores, que abandonaron las murallas para concentrarse en posiciones interiores y defender los accesos al núcleo de la ciudad. Sin duda el belicoso y desconocido aspecto de los ibéricos y sus gritos ininteligibles provocaron el pánico entre las mujeres. Era la primera vez que una ciudad griega caía en manos de "bárbaros", como ellos llamaban a los no griegos.

Donde no existe ninguna duda de la participación de los honderos baleares fue en la toma posterior de la ciudad de Akragas, en el 406. Los cartagineses, después de sus fáciles triunfos anteriores, deciden emprender la conquista de toda Sicilia, fijándose como primer objetivo esta ciudad, famosa por las enormes riquezas de sus habitantes. Se emplearon contingentes mercenarios del norte de Africa y de Iberia; y entre estos últimos se cita explícitamente a los baleares. El ejército estaría formado por unos

120.000 hombres y unos 1.000 navíos de transporte y carga. Desembarcados en Sicilia y llegados a la ciudad, ponen sitio, pero los de Akragas presentan una fuerte resistencia. Además, un ejército procedente de Siracusa, con 35.000 hombres, está llegando en defensa de los sitiados. Contra ellos envía Himilcón, que dirigía a los cartagineses, 40.000 soldados, y entre ellos se cita de nuevo a los íberos, aunque esta vez su papel no es el de vencedores pues tras larga lucha vencen los de Siracusa que matan a más de 6.000 hombres. Al final, sin embargo, la batalla es ganada por los cartagineses, que toman la ciudad.

En el año 395 emprenden los cartagineses, al mando de Himilcón, y por segunda vez, el asedio a Siracusa. Van con un ejército similar a los anteriores, formado por mercenarios libios e ibéricos. Reinaba en Siracusa el tirano Dionysios. Debido al calor y la naturaleza pantanosa del terreno, se propagó por el ejército cartaginés una terrible epidemia, lo que unido a las magníficas defensas de la ciudad, hacía imposible la conquista. La flota griega, que participó en la batalla, prendió fuego a algunas naves cartaginesas, el cual se propagó por toda la flota, proporcionando un espectáculo dantesco a los combatientes, que puso fin a la batalla. Himilcón negoció con los griegos exclusivamente su salvación personal y la de los cartagineses, y dejando abandonados a los mercenarios, escapó de Sicilia. Los mercenarios, amedrentados, huyeron donde podían y otros suplicaron clemencia. Sólo los ibéricos, dice Diodoro, no se rindieron:

Únicamente los íberos, habiéndose reunido en armas, enviaron heraldos con el fin de pedir una alianza. Dionysios, tras cumplir las ceremonias, incorporó a los íberos a sus mercenarios (7).

Así pasaron los ibéricos a luchar a partir de entonces del lado de los griegos. Muchos de ellos pasaron a formar parte, incluso, de la guardia personal del tirano. Con Dionysios lucharon tanto en Sicilia como en la Magna Grecia, existiendo noticias e indicios de su participación en la Guerra del Peloponeso y en las posteriores guerras tebanas.

Pero será en las luchas entre cartagineses y romanos cuando los hispanos, y en concreto los honderos baleares, tendrán sus más brillantes y celebradas intervenciones.

NOTAS

- (1) En los castros zamoranos de Sejas, Lubián y Fresno de Carballeda se han interpretado como proyectiles de honda una serie de cantos de río, a veces trabajados, de pesos entre 20 y 200 gr. Objetos similares se han encontrado en los castros del Noroeste y de la Meseta (Ver: Alberto J. Lorio. 1997. *Los celtíberos*) En cuanto a los proyectiles de plomo encontrados en los yacimientos arqueológicos correspondientes a poblados ibéricos, plantean con frecuencia problemas para una exacta filiación, ya que las dataciones registradas son poco concretas, abarcando la

mayoría un periodo indeterminado entre los siglos V y I a. de C. Por ello pueden ser proyectiles ibéricos o ya correspondientes a la ocupación romana del poblado, o a la fecha del asedio del mismo. Sólo en época tardía, romana, las dataciones son más precisas, presentando también el problema de su filiación ibérica o romana cuando los hallazgos son proyectiles dispersos. Sólo cuando aparecen depósitos de cierta entidad, en áreas concretas del poblado, se puede suponer su filiación ibérica, como acontece en algunos escasos yacimientos. Otras pruebas evidentes son la existencia de algunos proyectiles con inscripciones del alfabeto ibérico y la presencia en ajuares funerarios (un solo caso registrado). En resumen, puede decirse que existen evidencias, aunque poco frecuentes, del uso bélico de la honda por los ibéricos, no presentando sin embargo dichas evidencias una distribución homogénea peninsular, sino una concentración preferente en la franja oriental: Levante, Cataluña y cuenca del Ebro. (Ver Fernando Quesada Sanz. 1998. *Armamento Ibérico*)

- (2) Estrabón. *Geografía*, III, 4,15
- (3) Filón. *Sintáxis Mecánica*
- (4) Diodoro. *Biblioteca*, V, 33, 3-4
- (5) Estrabón. *Geografía*, III, 5,1-2
- (6) Diodoro. *Biblioteca*, V, 16-18
- (7) Diodoro. *Biblioteca*, X, 4